

El regreso de José Ángel Buesa

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Pocos poetas cubanos han disfrutado en vida de una popularidad tan grande como la de José Ángel Buesa. Esa dicha, que no le fue dada a Martí ni a Lezama Lima, no obstante su mayor significación para las letras cubanas, estuvo cerca de ser obtenida por José María Heredia y Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (Cucalambé).

El primero conquistó celebridad con sus poemas de corte patriótico, que fueron tomados como bandera por nuestros primeros independentistas, mas no alcanzaron una amplia divulgación.

Por el contrario, las décimas de Nápoles Fajardo reunidas en el volumen *Rumores del Hórmigo* fueron memorizadas y cantadas con entusiasmo; pero quedaron más bien reducidas al ambiente campesino.

En cambio los versos neorrománticos de José Ángel Buesa, ya en el siglo XX, se esparcieron por los distintos estratos sociales y acapararon el gusto poético de más de una generación.

La prueba de su triunfo no sólo estuvo en las numerosas reediciones de sus libros, en especial del titulado *Oasis*, hecho totalmente inusual durante nuestra etapa republicana, ni en la declamación frecuente de sus poemas a través de la radio y de las veladas culturales, ni en la inclusión de los mismos en diferentes antologías, sino en los imitadores que siguieron su ruta y trataron en vano de alcanzarlo, entre ellos Gustavo Galo Herrero y Sergio Hernández Rivera. Aunque a algunos pueda parecerle exagerada la frase, debemos aceptar que Buesa creó escuela. Modesta, eso sí; pero escuela.

Había nacido en la localidad villareña de Cruces el 2 de septiembre de 1910 y en la adolescencia había cursado estudios en el Colegio Champagnat, de Cienfuegos. A continuación se trasladó a la capital y con sólo 22 años, en medio de la convulsión política y la crisis económica que caracterizaron la etapa final de la dictadura de Machado, publicó su primer libro de versos, *La fuga de las horas*, que pasó inadvertido. La circunstancia histórica, marcada por la violencia, el hambre y el miedo, no le resultó favorable a este libro de iniciación.

Lejos de desanimarse, José Ángel Buesa persistió en el cultivo de la poesía y unos años después, ya en medio de una situación nacional más favorable, publicó dos nuevos libros, *Babel* (1936) y *Canto final* (1938), que le granjearon un mayor reconocimiento en los círculos literarios habaneros y una mayor atención por parte de los lectores de poesía. Sin embargo, su consagración como poeta del gusto de las mayorías le llegó en 1943, cuando imprimió *Oasis*.

Los poemas neorrománticos que conforman este volumen, inspirados en el estilo de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924), de Pablo Neruda, alcanzaron una rápida popularidad. Si el chileno había escrito cuartetos emotivos como:

*Me gustas cuando callas, porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.*

El cubano, para no ser menos, intentaba deslumbrar con estrofas como estas:

*Y si un día una lágrima denuncia mi tormento
- el tormento infinito que te debo ocultar-
te diré sonriente: "No es nada... ha sido el viento".
Me enjugaré la lágrima... y jamás lo sabrás.*

En ambos casos encontramos el empleo del verso alejandrino, de catorce sílabas, divididos de modo irreprochable en dos hemistiquios. Y hallamos además el sentimiento amoroso, el tono galante y el empleo, a través de la segunda persona, de un discurso confesional. Los poemas de Neruda cautivaron a incontables lectores en el ámbito hispanoamericano. Siguiendo sus pasos, José Ángel Buesa ganó la aceptación en el panorama nacional y sus composiciones *Poema del renunciamento*, *Canción del amor que pasa*, *Poema del amor ajeno* y *Poema de la despedida*, entre otros muchos suyos, gozaron de gran aceptación. Entre sus admiradores podíamos encontrar una amplia gama en la cual coincidían personas de distintos estratos sociales y raciales, de edad y de ocupación muy diferentes: desde la dama aristocrática y el estudiante tímido hasta la joven enamorada, el presidiario, la mujer ya solterona, el "viejo verde", la humilde lavandera y los aspirantes a poetas. Fue tal el éxito que *Oasis* conoció más de una decena de reediciones, algunas de 10 mil ejemplares, en lo que constituyó un acontecimiento insólito en nuestras letras y de seguro convirtió en su momento a Buesa en el autor cubano más divulgado.

Consciente de su triunfo y decidido a explotarlo al máximo, no tuvo reparos en caer en el facilismo y la repetición y en malgastar su innegable talento poético en versos almibarados.

Espacio Laical 1/2008

ESPACIO LAICAL



Ya había detectado la fibra sensitiva (o quizás sensibilera) de un amplio público y sabía cómo pulsarla, cómo crear emociones, susurrar al oído frases galantes y agradables y forjar ensueños. De ese modo vinieron, después de *Oasis*, otros libros suyos reiterativos, que tocaban la misma cuerda y ofrecían las mismas notas, como *Nuevos Oasis* (1949) y *Poeta enamorado* (Barcelona, 1955). No obstante esos sonidos monocordes, en José Ángel Buesa existía una voz poética de elevado nivel que se puso de manifiesto cuando se adentró en otros asuntos y en otros estilos. Con el cuaderno *Odas por la victoria* (1943), motivado por la heroica resistencia de Stalingrado ante los invasores alemanes, cantó con acierto, sin caer en el panfleto, una causa justa. Y con el soneto “Yo vi la noche...”, incluido en las rigurosas antologías *Cincuenta años de poesía cubana* (1952), de Cintio Vitier, y en *Las palabras son islas* (1999), de Jorge Luis Arcos, logró apresar de un modo intenso las aspiraciones de sublimación que se ocultan en el ser humano.

En aquellos años de la década del 40 del pasado siglo Buesa alcanzó también reconocimiento gracias a su labor como escritor radial. En 1944, junto con Alejo Carpentier, Cástor Vispo y Arturo Liendo, era uno de los más sobresalientes escritores de la destacada emisora RHC, Cadena Azul, del empresario Amado Trinidad. En particular se hicieron muy populares sus libretos para los episodios de las aventuras de Tarzán.

Al ocurrir el triunfo revolucionario de 1959 este poeta mantenía en alto su popularidad, contaba con decenas de epígonos a lo largo del país, residía en una confortable casa en la calle San Benigno, de Santos Suárez, y tenía en prensa dos nuevos libros de versos que vieron la luz poco después: *Poemas prohibidos* y *Versos de amor*.

Mas las radicales transformaciones económicas, políticas y sociales que a partir de entonces se llevaron a cabo tuvieron también una honda repercusión en la literatura y comenzó a imponerse una poesía de carácter social y de estilo coloquial. En un par de años la obra de Buesa quedó a un lado del camino, apartada por las nuevas voces que se elevaban y por las notas de un nuevo canto. Ante ese desplazamiento de su pedestal, y en desacuerdo con los cambios políticos ocurridos en el país, en 1963 abandonó el territorio nacional rumbo a la República Dominicana. Contó Enrique Núñez Rodríguez en una de sus crónicas que al llegar Buesa a Santo Domingo un grupo de periodistas lo abordó para conocer su criterio sobre la situación política de Cuba. Consciente de las verdaderas intenciones de éstos, el poeta les replicó: “Cuando aterrizó aquí el General Batista hace unos años, ¿ustedes le preguntaron algo acerca de la situación de la poesía cubana?”. Los periodistas negaron, desconcertados, y el autor de *Oasis* volvió a interrogarlos: “¿Entonces por qué me preguntan a mí por la situación política cubana?” Su intención no dejaba lugar a dudas: él era un poeta, no un político.

Su partida de Cuba vino a hundir aún más el nombre de José Ángel Buesa. Tachado a partir de entonces de apátrida, sus libros no volvieron a reimprimirse y los nuevos poetas lo tomaron como el representante de una poesía del gusto burgués, ya superada. Los estudiosos de las letras cubanas no lo consideraron con méritos suficientes para ser incluido en sus investigaciones. Y sus epígonos marcharon también al extranjero o abjuraron de la admiración que le tenían.

Su nombre apenas volvió a mencionarse. Sorprendentemente, el escritor uruguayo Mario Benedetti incluyó su *Poema del renunciamento* en la bella antología que publicó en La Habana, en 1969, bajo el título de *Poesías de amor hispanoamericanas*, pero en la ficha biográfica de Buesa le intercaló este dardo innecesario: “...hoy es todo pasado: su erotismo, tan superficial como su actitud –abandonó el país al triunfar la Revolución– pertenecen definitivamente a otra época”. Por un lado le concedía el honor de incluirlo en su selección y por el otro lo condenaba.

Una de las numerosas anécdotas que circulan acerca de Lezama Lima cuenta que cierta vez un joven escritor, deseoso de que el poeta le hablara mal de Buesa, le preguntó en tono de burla qué opinaba de su poesía y el autor de *Paradiso*, con su jadeo asmático y después de abrir los brazos en gesto de resignación, le respondió: “¡Qué voy a opinar de su poesía si a todas las muchachas de mi generación las enamoraban con los poemas de Buesa!”. Éste había nacido tres meses antes que Lezama.

Los años pasaron. Las valoraciones artísticas y literarias sobre la base de la fidelidad al gobierno cubano disminuyeron, pues no han desaparecido, y tuvimos la dicha de volver a encontrar en nuestras librerías textos de Jorge Mañach, Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo, Carlos Montenegro y otros autores que por haberse marchado del país, en desacuerdo con la implantación del sistema socialista, habían sido condenados al olvido. Entre estos escritores rehabilitados por la cultura oficial se halla José Ángel Buesa, quien después de haber publicado en el exilio otros libros de versos como *Los naipes marcados* (1974) y *Para ellas* (1982) y de haber impartido clases en la Universidad Pedro Henríquez Ureña, de Santo Domingo, había fallecido en esa ciudad en 1982. Con acertada selección y atinado prólogo del poeta Juan Nicolás Padrón, en 1997 fue impreso por la Editorial Letras Cubanas la antología poética de Buesa *Pasarás por mi vida*.





De modo paralelo, a lo largo de estos años hemos visto en venta por parte de librerías particulares ediciones clandestinas, fotocopiadas y presilladas, de cuadernos de poemas de este autor, lo cual indica que aún existe una demanda de los mismos. De nuestra sociedad han desaparecido las damas aristocráticas y las humildes lavanderas, pero por ese flujo y reflujo del gusto estético, complejo tema que trasciende estas líneas, pervive en amplios sectores la atracción por la poesía neorromántica de José Ángel Buesa.

Quizás sea porque todos en secreto llevamos en el interior, con diferente grado de desarrollo, una fibra sensible (o sensibilera). Y así esto nos explique, por ejemplo, la razón por la cual una joven, tras haber bailado toda una noche salsa y reguetón y de haber coreado estribillos como "Papi, yo soy la que te hace gozá", se detenga al día siguiente a leer un poema que empieza: "*Pasarás por mi vida sin saber que pasaste...*".